



Semana Santa
Guadalupe, 1989

PREGÓN
SEMANA SANTA
GUADALCANAL
AÑO 1989
AGUSTÍN
EMBUENA ROMERO



PREGÓN SEMANA SANTA GUADALCANAL AÑO 1989
AGUSTÍN EMBUENA ROMERO

Sres. Hermanos Mayores, Autoridades, Juntas de Gobierno, Hermanos y hermanas, amigos todos.

Ante todo, agradecer las palabras de mi buen amigo Andrés Mirón, poeta insigne, que ha sido el responsable de que hoy esté yo aquí.

Ser pregonero de la Semana Santa de Guadalcanal, casi nada, dibujar con palabras paisajes de misticismo, soledades de bullicio y sombras de luz. Contraste sobre contraste, en cada corazón un paisaje, en cada paisaje un motivo distinto y todo ello en el eco sonoro de un enorme bullicio que sabrá hacerse profundo silencio a su debido tiempo.

Ser pregonero en Guadalcanal, pero no hacer un pregón cualquiera, no, hacerlo íntimo, intimar con el interior de vuestros más profundos sentimientos, llegar a vuestra alma con mi palabra, llevaros de la mano por mis más recónditos rincones, acercaros

despacio al centro de mi ánimo y por ende hacerme vosotros en cada calle, en cada esquina y en cada balcón.

Nuestra Semana Grande, la inmensidad del Verbo que se entrega por y para el Hombre, el llanto de una Madre como tantas otras y un dolor que trasciende y se hace clavellina y azahar, espadaña y campanario, capilla y convento y tumulto y plaza, callejón y azotea, a fin de cuentas pueblo.

Dicho esto, comprenderéis con facilidad la dificultad de mi cometido, lo osado de mi empeño, pero por mi parte y como pregonero.

Quisiera encalar Guadalcanal,
con un pincel de palabras.
Hablar de forma sencilla
como de la fuente el agua,
como la torre del Oro,
al Guadalquivir le habla,
como del aire en su vuelo
hablan las palomas blancas.
Como la vela a la cera
y el dolor a la esperanza.
Hablar con voz de saeta,
con acento de plegaria
con ecos de viernes santo
y llanto de madrugada,
Como le habla el penitente
a la cruz sobre su espalda,
o susurra el costalero
al madero que trabaja.
Deciros lo que no puedo
porque no tengo palabras
y hacer llegar a vosotros
ese retazo de alma
que hace encenderse mi rostro
si hablo de Semana Santa.

Y nada más y nada menos que esto es lo que me habéis invitado a pregonar.

Y ha de ser mi voz la vuestra
y vuestro empeño mi empeño,
He de encontrar las palabras
y los ocultos secretos,
los rincones olvidados,
los añorados reencuentros,
he de acercarme despacio
y escudriñar en los sueños,
recorrer vuestros paisajes
y recitar vuestros versos.
Mis labios dirán las frases
que vosotros lleváis dentro,
y será vuestro equipaje
el que me lleve al sendero
donde aguarda la nostalgia
de otros que no están y fueron.

El inefable y gran misterio de la Pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, que no es otra cosa la Semana Santa, se enriquece en Guadalcanal de un sinfín de connotaciones que la hacen diferente y más hermosa, cargada de sensaciones y sentimientos que brotan en manantial de sensibilidad, de los corazones de los guadalcanalenses.

Dios, en admirable prueba de amor, se acerca al hombre, no solo para hacernos semejantes a Él, sino para convertirse en uno más entre los hombres, para decirnos con su absoluta entrega que el amor es el único lenguaje capaz de dignificarnos y nuestra ciudad lo presiente y lo asume.

JESÚS no muere en la cruz únicamente porque así estaba escrito, lo hace porque su mensaje no podía esperar otro final. Una sociedad que cierra las puertas a todo sentimiento solidario, que convierte el consumismo en meta y hace lo frívolo e intrascendente, seña de identidad, no puede ni comprender ni consentir que un Hombre bueno minase sus cimientos.

Muchos desde entonces por defender lo que Él nos dejó han recibido el único pago que cabía esperar... la humillación, el descrédito y la muerte.

Pero JESÚS no era un hombre más, ese galileo moreno, recio, curtido por el Sol, venía nada más y nada menos que a vencer a la muerte.

Lo que hasta su llegada era temido y considerado como final irreversible se convirtió con Él y desde Él, en esperanzadora certeza de que otra vida nos espera.

Y Guadalcanal que sabe darse cuenta, año tras año se engalana y realza con azahares y jazmines, claveles y gladiolos. Y el manto de sus calles, cauces de piedra y cal, se apresta y prepara para acoger en su seno con ternura de madre, el rico y piadoso caudal de sus desfiles procesionales que harán palpar nuestros corazones en un latido de esperanza y amorosa resignación.

Semana Santa en Guadalcanal, los guadalcanalenses tenéis una manera muy vuestra de vivirla y es quizás esa forma diferenciadora y peculiar de sentirla, aderezada de tanta riqueza espiritual capaz de armonizar el dolor con la alegría, la piedad con el entusiasmo, hábil para aunar belleza y sufrimiento, suficiente para legitimar la convivencia de las más silenciosas lágrimas con las explosiones bulliciosas del más fervoroso júbilo. Ese modo peculiar que hace que algunos, los menos, nos critiquen y deploren y no alcancen a ver la grandeza cautivadora y emocionante de nuestra celebración que es por el contrario la original oración de todo un pueblo.

Los que os visitan y no van más allá de admirarse de la fastuosa riqueza de vuestros pasos, de la cadencia hecha rezo de vuestros desfiles, que perfectamente organizados discurren por vuestras calles enriquecidos sobremanera por el ritmo y encanto que los costaleros imprimen a vuestras imágenes, serán incapaces de percibir la inmensa soledad hecha bullicio, el profundo dolor hecho multitud. No podrán captar el fervor que se desata con un grito de entusiasmo o rompe en un piropo o en un ¡olé!, rúbrica de silencioso rezo, al finalizar una saeta.

Guadalcanal llora riendo, reza incluso gritando; canta cuando quiere hacer más hermosa una oración y mantiene con incontenible avaricia el tesoro de un profundísimo amor a sus tradiciones.

Con una liturgia pletórica de matices, los guadalcanalenses rezan cuando cumpliendo con sus hermandades, visitan templos y capillas, reservándose con

especial placer el contemplar a sus titulares, para volcar en ellas todo el cariño, el hondo respeto, devoción y ternura que para ellos, acumulan durante todo el año.

En esos días, todo ese amor acumulado, explota y se hace voz popular que llora y aplaude transido en lo misterioso de lo que contempla, contagiado en lo más suyo por el dolor y el sufrimiento gratuito e innecesario de Jesús y María.

¿Hay algo tan nuestro, como la saeta?...

Canto desgarrador que emerge en su tremenda inmensidad de religioso significado de lo más profundo del corazón de un pueblo. Respuesta de dolorosa impotencia ante un sufrimiento, injusto, inmerecido, desproporcionado e inevitable.

¿A cuantos de los que hoy aquí nos reunimos, ha dejado de impresionarnos alguna vez una saeta?... ¿Quién puede negar el impacto espiritual de ese “quejío”, que rompiendo el aire llama a la puerta de nuestros mejores sentimientos, estremeciendo el alma? Que a fuerza de dolor llama al dolor de una Pasión que día a día perdura en multitud de situaciones injustas.

La saeta es flor que añora adornar lo divino. Se carga de sensibilidad, de amor, de tradición y se hace copla que pretende llevar a Jesús, que supo morir por nosotros, el aliento de un pueblo que lo ama de manera incondicional, no por costumbre sino por arraigada y sentida religiosidad. De un pueblo que simbólicamente al menos, desea experimentar el dolor de aquel que muere por nosotros.

La saeta expresa amor,
resignación e impotencia.

Y al mirarte en tu dolor,
surge pidiendo clemencia

A ti, Jesús en la cruz,
a tu alma nazarena,
a ti Señor de la Luz
que nuestra esperanza llena.

A ti, madre dolorida,
por tu insondable ternura,
que restañas sus heridas
con amorosa dulzura.

Porque, si bien la grandeza de Dios, en su humilde y humillante sacrificio, nos llega plena de sentido en cada una de las etapas procesionales de nuestra Semana Santa... no es menos hermoso el papel de María.

María, la Virgen madre. ¿Quién puede cerrarle el corazón a ese ejemplo de sublime entrega, de imponente entereza, de admirable resignación?...

Los evangelistas apenas si la mencionan en las secuencias de la Pasión de su hijo. Pero cuantas madres, ellas mejor que nadie, han podido adivinar sus temores, sus angustiosas dudas en esos días... ¡Cuantos momentos de soledad! ¡Cuanta azarosa inquietud! ¡Cuanta impotencia ante lo que ha de suceder!, se presiente en las lágrimas que surcan el rostro de nuestras dolorosas.

¿Cómo puede escandalizarnos, que sus hijos, que tienen un fino sentido de comprensión y fervoroso tacto, entusiasmados, la interpelen a su paso, con gritos de Ole, Ole y Ole, Guapa, Guapa y Guapa...

Ole, por su inmaculada belleza, su grandeza ante el dolor, su silenciosa constancia y por la apacible tranquilidad de su amargura.

Guapa porque su cautivadora y bella presencia trascienden los cánones del buen gusto, las modas del arte, las normas de lo estético.

Guapa porque su encanto no puede definirse únicamente a golpe de escoplo de imaginero, porque su atractivo persiste en el rostro de miles de mujeres, que por una u otra razón, se han visto privadas de sus hijos. Porque su hermosura nace de la enorme grandeza de la renuncia.

Madre, cinco letras que encierran todo un mundo encontrado de sentimientos. Sortilegio místico que aflora a los labios del ser humano cuando se enfrenta a su insignificancia.

Madre, en el calor de un beso
en una noche oscura,
en el dulce consejo
que orienta ante la duda.

Madre por siempre madre,
amor y entrega,

canción de cuna,
nana de estrellas.

Madre tengo un te quiero,
bajo mi almohada,
adornado con besos
ninfas y hadas.

Tengo un Avemaría,
madre del cielo
para velar contigo
tu negro duelo.

¿Nos damos cuenta de las pocas veces que nos paramos a pensar en María, en lo duro de su papel de corredentora?... Una mujer sencilla, que sin esperarlo, ni apenas comprenderlo, se ve llamada a ser la Madre de Dios...

Muy cierto es que en multitud de ocasiones, acudimos a Ella en tímida y fervorosa oración, le pedimos ayuda cuando desvalidos nos enfrentamos a la vida. Pero ¿entendemos realmente su grandeza, la relevancia de su misión en el mensaje de amor de Jesús?...

¡TU fuiste la elegida,
de tus entrañas nació mi salvación,
pero, que gran herida,
cuanto dolor costó nuestro perdón...

Cuantas veces,
en noche de tormenta,
el calor de tus besos
venció al miedo.

Cuantas veces, Jesús en tu regazo,
te pediría un cuento,
y al ritmo de tu nana,
le ganaría el sueño.

Y ahora que soy Guadalcanal,
quiero encontrar el modo,

de hacerte saber madre, lo que siento,
Y cuanto soy, te entrego.
Mis calles, mis esquinas y mis ecos.

Orfebre de azahares y naranjos,
de fuentes y azulejos,
de espadañas y patios,
De río, puente y cielo.

¡Yo quiero hacerte un palio,
de Amor y de Silencio!

Esa es LA VIRGEN que Guadalcanal ama. A ella representan las imágenes que entre varales de plata, avanzan con la dulzura parsimoniosa y delicada cadencia que le imprimen los costaleros, esos costaleros que asumiendo plenamente su cometido, consiguen con su esfuerzo, ese prodigio de belleza, ritmo y sublimación que son nuestros desfiles procesionales.

Y es que hermanos...

Guadalcanal es un pañuelo de azahares,
para enjugar su llanto.
Sus calles son altares,
cal y naranjos
y por quererla tanto,
convierte en mecidas
sus andares,
y alivia su cansancio,
y abanica su rostro con varales,
y refresca sus lágrimas con nardos,
y se enciende, en llama de ciriales,
y se hace enagua y manto.
Que es María, la Virgen, la que pasa,
viviendo su calvario,
de amargo desconsuelo,
y por eso, Guadalcanal que la quiere,
le sirve de pañuelo.

Me vais a permitir, que no aluda en particular a ninguna de vuestras amadísimas titulares, ya que todas y cada una, superando sus particularidades, dejan entrever, más allá de su expresión de sufrimiento, el rostro de la Fe.

Una Fe, que no es otra cosa que plena confianza y total entrega a un Dios creador, que a través de la oscuridad del pecado, deja brotar el reflejo de la esperanza. Convencimiento de que su sacrificio no es baldío y que a pesar de que sus hijos, solemos manifestarnos las más de las veces, con ceguera y error, no resultará vano.

Dije antes que no aludiría en particular a ninguna de vuestras imágenes de María, ya que son todas una y a cuál más bella, en sus diferentes advocaciones. Rosario, Paz, Cruz, Amargura, Dolores, Soledad...

Muchos son los cariños particularísimos que aunados al rezo y a la devoción se dirigen a ellas, guiados por tradición familiar, barrio donde se nació, especial simpatía que puede inspirar la imagen que se venera y múltiples e íntimas sensaciones de difícil descripción.

Pero el guadalcanalense es apasionado y no puede sorprendernos la discusión que surge a menudo, sobre la mayor belleza de una u otra, y pobre favor nos haríamos si no comprendiésemos en su profundidad, lo que esas triviales rencillas representan. Si no nos diésemos cuenta de que ese hecho, para algunos incomprensible y escandaloso, no es otra cosa que el refrendo de un profundo amor. La constatación de que, la identidad con nuestra Madre Universal es tanta, que nos permitimos el lujo, excesivo quizás, despersonalizarla, llegando a veces, hasta la extravagancia de intentar que se enfrente con Ella misma.

¡Virgen y Madre! mujer y por tanto susceptible del piropo enamorado, y no hay amor más grande que el que Guadalcanal siente por María, una Guadalcanal que abre su corazón, inocente aun en la sencillez de su pueblo, a ese ejemplo vivo de esperanzada entrega.

A ti, Madre, se te amará con variedad de modos, manifestaciones diversas, pero sabes bien, perfectamente bien, que...

Podrán cambiarte los días,
llamarte de mil maneras,
pero quererte, María,

¡¡Te quiere Guadalcanal entera!!.

María sabe que siempre existirá un apasionado anhelo entre sus hijos para, con faja ceñida y costal, conducirla con amoroso orgullo por la que es su ciudad.

¿Y esa vocación tan sufrida y dulce?... El costalero, personaje consustancial a nuestra Semana Santa, motivo de intereses encontrados, de controversias, pero lleno de facetas hermosas, de sacrificios. Que han llegado a entregar la vida por el agotador y fervoroso placer de cargar sobre sus hombros las imágenes de su devoción.

Yo que tuve el orgullo y la suerte de poder serlo, he de decir que vivir una salida procesional es una sensación tan profunda, tan maravillosa que difícilmente puede describirse.

La comunión espiritual que en los momentos de desfallecimiento llegas a sentir con los que contemplan a su paso la cofradía no es definible, pero existe. Se siente de forma intangible, cuando el agotamiento puede más que la intención, cuando la madera humilla al costal y las piernas tienden a doblarse. Algo que te supera te ayuda a continuar, a no darte por vencido en el esfuerzo. Es la gente la que te da con su Fe, un respiro que te permita recuperarte.

Quizás no lleguéis a comprenderme, pero... ¡Cuanto me agradecería poder transmitir la sensación de inmensa paz que inunda al costalero, cuando el profundo silencio de la Iglesia parroquial es roto tan solo, por el cadencioso arrastrar de las zapatillas...!

Estás cerca de Dios, más cerca que nunca. Tu sudor se hace lágrima, la fatiga muscular desaparece, te sientes por un momento más fuerte, te elevas sin poder explicarlo y unos breves instantes te acercas al dolor que con tu entrega exaltas y sin saber porque, te das cuenta de lo absurdas y vanas de muchas de tus preocupaciones.

¿Podéis percibir la oración que encierra el ritual de preparar el costal? Es como un rezo que se va desgranando al ceñirte la faja ayudado por un compañero, cuando no puedes evitar una sonrisa de complicidad, porque sabes que él al igual que tú, está en el secreto, en el misterioso ánimo que hará más llevadero el esfuerzo. Son momentos, tan insignificantes, pero tan excepcionales...

El costal muy ajustado
protegiendo la cabeza,

los brazos bien afirmados,
en la nudosa madera
¡¡ A esta es!! ¡¡Vamos al cielo!!
a la llamada tercera
y a levantarla del suelo
suave y lenta. Sin mecerla
que a golpe de chicotá,
se alza mi oración primera,
por ésta hermosa ciudad
y su alma costalera.

Es complicado que podáis con mis expresiones, comprender la ilusión, la especial alegría que siente el costalero cuando se pueden contar, por minutos, el tiempo que falta para esa primera chicotá.

Muchos de vosotros, habréis presenciado desde el interior del Templo, una salida procesional y habréis por tanto sentido de cerca esa dulce sensación de religioso alboroto.

Los hermanos nazarenos, buscando afanosamente sus lugares en el tramo que les corresponde, las últimas consignas de los diputados, recordándoles la necesidad de disciplina, recogimiento y devoción. El pescozón cariñoso al pequeñín, que en brazos de su padre, vestido con la túnica que múltiples veces sirvió y servirá como hábito iniciador, a una hermosa devoción, por siempre perdurable, contempla entre admirado y divertido, lo que a su alrededor acontece.

La última oración de hermandad, que profundamente hermosa, antes de que los antifaces de los capirotos igualen a los nazarenos en su anónima misión de penitencia y los aíslen en la intimidad de su dialogo con Cristo.

El momento ansiado ha llegado. Las puertas se abren, se hace palpable lo sublime e incorpóreo. La tensión de la espera, por fin gratificada, de los que agolpados en la calle, aguardan la salida procesional.

Fluyen, portando sus cirios, de forma pausada los nazarenos, con mudas promesas y silenciosas oraciones. Mientras tanto, el capataz, sobrecargado de responsabilidad va dando a sus costaleros las últimas instrucciones. Ya está la

cuadrilla bajo el paso, entusiasmados y temerosos. El costal, reanuda pronto el diálogo que con las trabajaderas inició en los ensayos. Surgen espontáneamente, comentarios de ánimo para aquellos que por vez primera están ahí. El hermano mayor, tras un Ave María, da el primer toque de martillo, el de atención. Al segundo, los cuerpos inician el esfuerzo de la levánta y al tercero, dando fin a un suspiro contenido, la levánta se completa.

Los contraguías han hecho llegar a los pateros, las órdenes del capataz. Delicadamente, como si pretendieran aliviar el roce de la cruz sobre su hombro, conducen a Nuestro Padre Jesús Nazareno a la nave central de la iglesia. A sus puertas, el pueblo de Guadalcanal guarda emocionado silencio. Saben que falta lo más delicado, evitar que la cruz de la imagen toque el arco de la entrada a su salida.

¡A tierra por igual!, suena la orden. Nuestras piernas se separan, en un sutil escorzo, los pies no pueden separarse del suelo y rachean. Las primeras trabajaderas, rodilla en tierra, los rostros contraídos por el esfuerzo, con voluntad firme, avanzan con dolorosa lentitud. Nadie tiene que decirlo, sabemos cuando la cruz ha superado el obstáculo, nos lo avisa el corazón, como pidiéndonos un último esfuerzo. Los aplausos de emoción contenida premian la perfecta maniobra. Un año más, Cristo está en las calles de Guadalcanal.

Es entonces cuando la saeta nos llega en toda su profundidad, expresando en su mensaje de aguerrida sonoridad la piedad y sentimiento de todos los presentes. Es un amor de siglos que año tras año se exterioriza.

Guadalcanal hace suya esa expresión de sufrimiento, dolor, Fe y esperanza que es La Pasión y la viste con un ropaje de marchas procesionales. Da voz a las cornetas y tambores como espléndido acompañamiento a las expresiones de profundo amor de todo un pueblo.

Escuchando estas marchas procesionales, es cuando mejor que nunca, comprendemos el lenguaje convincente y admirable de la música. En su armónico léxico, la música nos lleva a sentirnos más cerca de nuestra Madre, nos ayuda a captar su soledad, en el lento peregrinar en pos de su Hijo torturado y nos hace desear poder enjugar las lágrimas que su roto corazón hace brotar de sus ojos.

Son sus lejanos, solemnes y vibrantes ecos los que nos invitan a acelerar el paso para alcanzar la procesión, o caso de estar junto a ella, nos acompaña mientras

contemplamos como a su ritmo, los costaleros mecen los pasos, con amor, respeto y devoción profunda.

En vuestra Semana Santa, todo coopera al encanto, grandiosidad y mérito de la misma. Todo contribuye a forjar esa admiración que ha rebasado límites y alcanzado las más distantes fronteras. La belleza del desfile procesional, su vistosidad, boato, arte, lujo y buen gusto, se ve reforzada ¡y de que modo!, por el atractivo de las calles y plazas. Rincones de indescriptible belleza, que realzan el paso de las imágenes, enfoques desde esquinas que dotan de un irresistible encanto ciertos momentos. Plazas hermosas que a la luz de los cirios se vuelven misteriosas y sugestivas. Guadalcanal en su arquitectura y en el comportamiento de sus habitantes, es única. como única fue, es y será siempre su Semana Grande.

Todos tenemos nuestro propio itinerario para esos días, personales simpatías y particulares gustos, nos hacen tener nuestros lugares secretos, donde con especial intensidad, enriquecemos nuestra identificación con Jesús y María.

Debéis perdonarme, si os pongo como ejemplo de lo que os digo, el paso de la Candelaria por los Jardines de Murillo en Sevilla, ya que he pertenecido a esa hermandad más de veinticinco años.

Martes Santo, cuando la noche ha sustituido a la luz, en el cotidiano ciclo de los días, las adelfas de los jardines que se encuentran más próximas a la Universidad, fuerzan sus tallos vigilando el momento en que la Virgen abandone la calle San Fernando.

Los faroles se han apagado. La oscuridad, pierde pequeñas batallas con los cirios nazarenos cuyas luces serpentean a lo largo de las murallas del Alcázar. Las copas de los árboles de sus vecinos jardines, oscilan entre murmullos en verdes letanías de naturaleza, como si se comentasen entre ellos los pormenores de lo que acontece a sus pies.

Hacia la mitad del paseo, Nuestro Padre Jesús de la Salud, descansa unos instantes, refrescado por los rumores de una de las fuentes, que delicada oración de agua, quisiera poder apagar su sed. La imagen transpira dolor y cansancio. Esta próxima su Iglesia, solo el pausado redoble de los tambores rompe el silencio. En ese momento, como queriendo estar más cerca de él, La Candelaria entra en los jardines. Los varales del palio cimbrean, animando a los costaleros a forzar la marcha. A

aproximar a esa madre, Esperanza, Angustia y Dolor refundidos en un suspiro de aliento, a ese Hijo torturado, que ahora sí, parece enderezar su vencida figura, porque el amor de su madre, hace que se sienta menos solo

Los jardines se iluminan con una luz nueva. Los ojos brillan con especial fervor, al contempla ese rostro, en su madura delicadeza de joven mujer, transida por el dolor y el sufrimiento.

Versos de Adelfa, oración de jazmines,
vencida por su angustia, solitaria,
cruzando sus jardines,
mi virgen Candelaria Perfil de Amor,
dolorosa premura,
¡Cuánto afanoso empeño!
como quisiera ella, con ternura
acurrucar a Cristo
igual que de pequeño.

Día a día de nuestra Semana Santa, Guadalcanal, gracias a las representaciones de sus pasos procesionales, se siente próxima a ese Jesús Nazareno que en la terrible experiencia de soledad y abandono del Huerto de los olivos, espera con sobrecogedora tranquilidad a que el beso de uno de sus discípulos lo entregue.

Nuestro pueblo lo verá pasar, camino de un juicio sentenciado de antemano, lo verá abofeteado y ahogará un estremecimiento de vergüenza, cuando vea su cuerpo lacerado por los azotes del miedo, el egoísmo y la incomprensión.

Contemplará la cobarde indecisión, del que lavándose las manos, ensució su alma, permitiendo la condena a muerte de ese ser, bueno en su naturaleza humana y divino en su esencia.

Le seguirá en su calvario y se hará en sus hijos Cirineo y vivir en toda su grandiosa significación, el misterio de la Cruz, cuando el perfil del crucificado, hecho sombra se recorte en las paredes de los edificios.

Guadalcanal estará despierta
cuando te venda un amigo,
y será quien te acompañe,
como amoroso testigo.

Cuando desnuden tu cuerpo,
poder servirte de abrigo,
y cuando te azote el miedo,
sentirse herida contigo.

Cirineo de presencias,
te acompañará al martirio,
compartiendo la violencia,
que te impone el sacrificio.

Quiere ser el buen ladrón,
culpable y arrepentido,
y alcanzar la salvación
que tu muerte le ha traído.

Pero la muerte de Jesús en la cruz, es principio esperanzador de eterna continuidad. Guadalcanal no podía finalizar sus vivencias de la Pasión, con la trágica ambigüedad de la muerte. Quedaba en nuestras hermandades un importante vacío que había que cubrir.

La gloriosa Resurrección de Nuestro Señor, necesitaba estar representada en Nuestra Semana Santa. Guadalcanal, tenía que olvidar sus lágrimas y renacer a una nueva esperanza, sus campanarios debían resonar, anunciando en su vibrante revuelo de campanas, que Dios no podía morir, que cumplida su misión salvífica, Cristo ha resucitado.

Y es desde 1950, que La Hermandad del Cristo Resucitado viene a cubrir ese hueco teológico de nuestra Semana Grande.

El silencio del pueblo dormido pronto se verá interrumpido por cornetas y tambores. La oscuridad, que aun no ha sido vencida por el amanecer, hace que nos sintamos más cerca de la significación del momento que la última procesión va a conmemorar.

¡Cristo ha resucitado!, las profundas tinieblas, el tremendo vacío, las incógnitas sobre el más allá, se han visto superadas irremisiblemente, por la afirmación de la divinidad de ese Hombre bueno y justo, que en Domingo de Gloria, espera que el esfuerzo de sus hermanos costaleros lo acerque a las calles de esa, nuestra Guadalcanal, aun adormecida en el silencio de esas últimas horas que preceden al alba.

La cruz de guía va anunciando la presencia de ese Cristo glorioso en actitud de ofrecimiento de divino amor, que tras doblegar lo temporal y efímero, abre sus brazos como acogedor refugio a todos sus hijos.

La emoción de la salida ha quedado atrás, El Resucitado parece deslizarse sobre el acompasado discurrir de los costaleros.

Guadalcanal, ya completamente despierta en esa mañana de gloria, acompaña con fervoroso cariño a nuestra imagen a lo largo de su camino de regreso.

Mañana de Domingo de Resurrección, el Cristo vencedor de la muerte regresa a su iglesia...

Llame el viento en las ventanas,
y cimbree en los balcones,
que haga hablar a las campanas,
con su lenguaje de bronce.
En el silencio del alba
va con los brazos abiertos,
Aquél que en su amor nos salva
y vive después de muerto.
Espacio que está cansado,
menos paso costaleros
que las nubes le han bordado
un almohadón de luceros.
Arrastrad las zapatillas
con ritmo cadente y lento.
¡Dejad que viva Guadalcanal,
la gloria de este momento!
Con mesura, poco a poco,

los costeros bien fijados,
que lleváis en vuestros hombros,
a Cristo Resucitado.

Muchas gracias.
Agustín Embuena Romero